

**5º FORO DE INVESTIGACIÓN EN COMUNICACIÓN
LA COMUNICACIÓN: NUEVOS DISCURSOS Y PERSPECTIVAS
Norberto Mínguez Arranz y Nuria Villagra García (Editores)**

De viejos y nuevos arquetipos: La imagen del musulmán después del 11 de septiembre

Juan Rey
Universidad Hispalense de Sevilla
palinuro@supercable.es

A raíz de los atentados contra las Torres Gemelas, los musulmanes vuelven a ser actualidad. Desmoronado el sistema soviético, los Estados Unidos buscan un nuevo enemigo del que defender a la humanidad y lo encuentran en el Islam. Sin embargo la imagen que los medios de comunicación dan de los musulmanes no es nueva. Se trata de la recuperación de un viejo estereotipo medieval con algunos retoques colonialistas. Durante la Edad Media y el Renacimiento, surgen las figuras del *moro fiero* y del *moro lascivo*. En la época colonial nace la imagen del *moro ignorante* al tiempo que la lascivia se transforma en la sensualidad de la odalisca y el *moro fiero* casi desaparece. Tras el 11 de septiembre de 2001, se desvanece cualquier rasgo sexual de musulmán que ahora vuelve a ser el *moro fiero*, ferocidad que algunos explican por su ignorancia y su resentimiento contra Occidente.

Es posible que el 11 de septiembre del año 2001, con sus imágenes de aviones estrellándose contra esbeltísimos rascacielos de vidrio y acero que luego se desploman en un mar de polvo y humo, se convierta en una fecha histórica como la toma de Constantinopla en 1453, año que sirve a los historiadores europeos para señalar la transición de la Edad Media al Renacimiento. La elección de esta última fecha, evidentemente, no es casual ni gratuita, pues tanto en un caso como en otro se trata de la confrontación de dos modos distintos de entender la vida que, hace quinientos años, se disputaban una porción del mundo conocido (el Mediterráneo) y, en la actualidad, el mundo entero. A partir de ese día de finales de verano en el que los Estados Unidos fueron heridos en pleno corazón todo ha cambiado. Al menos eso proclaman a los cuatro vientos las agencias de noticias, las cadenas de televisión, los periódicos... Y en este cambio, los principales perjudicados han sido los musulmanes, cuya imagen en Occidente, después de un tiempo de hibernación u olvido, se ha convertido otra vez en la encarnación del nuevo Satán. La propaganda estadounidense y sus voceros mediáticos dividen el mundo en dos bloques: nosotros (los occidentales) y ellos (los no-occidentales, en este caso concreto: los musulmanes). Nosotros somos la encarnación de todas las virtudes (libres, democratas, desarrollados, modernos) y ellos, en cambio, el cúmulo de todas las maldades (esclavos, súbditos, atrasados, arcaicos). A partir de esta división maniquea, el musulmán, extinguidos o dominados los otros adversarios de Estados Unidos, ha pasado a simbolizar al moderno Satán. A la hora de analizar la recuperación del musulmán como sujeto diabólico hay que tener en cuenta *a)* que su reaparición es anterior a la destrucción de las Torres Gemelas y *b)* que su imagen se construye a partir de viejos arquetipos cuyo origen se remonta a más de mil años atrás. Como dijera los clásicos, *nihil novum sub sole*. La actual imagen del musulmán como sujeto perverso, diabólico, satánico y, por tanto, perjudicial, dañino y amenazante no es, pues, nueva. Es sólo la remodelación de un viejo arquetipo medieval con algunos retoques realizados durante la época colonial.

1. LA BÚSQUEDA DE UN ENEMIGO

La actual recuperación del musulmán como encarnación de la perfidia es muy anterior a los acontecimientos del 11 de septiembre. Ya en los estertores de la Unión Soviética (enemiga tradicional de Estados Unidos), los estrategas estadounidenses, al ver que su acérrimo adversario desaparecía en el mar de la historia sin dejar estela, iniciaron la búsqueda de "nuevos enemigos oficiales" (Said 2002: 46). Después de estudiar y analizar las grandes culturas contemporáneas llegaron a la conclusión de que el enemigo de la causa estadounidense era el Islam, al que consideraron "el origen del terror y del fundamentalismo". En este punto no es necesario traer a colación las teorías del *otro*, para ver cómo en la actualidad los musulmanes se han convertido en la proyección de todos los fantasmas de Estados Unidos, primero, y de Occidente, después.

2. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN

Sin embargo este musulmán que a diario surge en las páginas de los periódicos y muestran las pantallas de televisión no es nuevo. Es un viejo conocido de Occidente. En la construcción de la imagen actual del musulmán se pueden establecer tres fases. Una primera, que se extiende a lo largo de la Edad Media y el Renacimiento, y que puede llamarse fase de conceptualización; una segunda, que se desarrolla durante el periodo colonialista en los siglos XIX y XX, y que puede denominarse de consolidación icónica; y una tercera, a partir de 2001, que no es sino la recuperación de antiguos modelos para ahuyentar nuevos (y viejos) miedos.

2.1. La conceptualización del adversario

Durante la Edad Media, la expansión árabe se vive en Europa como una hecatombe. La fuerza militar de los musulmanes, su cohesión ideológica, su poderío económico y su desarrollo científico los colocan a la vanguardia de los pueblos del Mediterráneo, vanguardia que se traduce en la construcción de un vasto imperio que se extiende desde el Índico hasta el Atlántico. La reacción europea es doble. Por una parte, se plasma en la paulatina conquista de los territorios hispanolusos y la expulsión definitiva de los musulmanes de la península ibérica en 1492. A lo largo de casi ochocientos años cristianos y musulmanes se enfrentan en el extremo sur de Europa y fue durante estos ocho siglos de convivencia, guerras, treguas, avances y retrocesos cuando se forja en la banda cristiana el concepto del árabe como acérrimo enemigo a combatir. Y por otra parte, se plasma también en el empeño de algunos reinos europeos con el apoyo del Papado de crear un reino cristiano en la denominada Tierra Santa. Históricamente, las Cruzadas no son sino una injerencia europea en el imperio árabe, cuyo resultado, desde el punto de vista psicológico, viene a reforzar el concepto del árabe como pérfido rival a erradicar a cualquier precio, en este caso la lucha cuenta con el beneplácito (cuando no con la instigación) de la Iglesia. La ocupación definitiva de los territorios ibéricos y el subsiguiente declive del poderío árabe en el extremo occidental del Mediterráneo se ve equilibrado, en el extremo oriental, con el fracaso del reino cristiano en Oriente Próximo y posteriormente con el ascenso de los turcos a partir del siglo XV. Otra vez los musulmanes y otra vez Europa acosada. La diferencia ahora estriba en que, si durante los siglos del medioevo Europa era un territorio fragmentado en cientos de reinos, con escaso poder militar, económicamente débiles y muy retrasados en el ámbito cultural, y que, por tanto, no puede hacer frente a la hegemonía musulmana, cuando los turcos irrumpen en la escena histórica, Europa está comenzando a ser una potencia económica, militar y cultural, y si durante los siglos anteriores estuvo sometida al imperio musulmán, ahora, en pleno Renacimiento, ya está en condiciones de disputar a los turcos el control del Mediterráneo. Es, pues, en este largo periodo que va desde la llegada de los árabes a las costas ibéricas en 711 hasta la derrota de los turcos en la batalla de Lepanto en 1571, cuando se forja el concepto del musulmán como el *otro*, como el enemigo.

Los rasgos básicos de este enemigo, para expresarlos en términos tradicionales, son el *moro fiero* y el *moro lascivo*. Con la primera calificación se alude a un sujeto de extrema crueldad y con la segunda a un individuo de sexualidad desenfrenada. Aquélla conceptualización surge de los campos de batalla y ésta de los pulpitos. Así, pues, la denominación del adversario se hace a partir de un doble parámetro: el militar y el religioso. Desde el punto de vista militar, los musulmanes son el adversario, el enemigo, el rival, y, por tanto, hay que combatirlos hasta derrotarlos. Desde el punto de vista religioso, son la encarnación del mal, el mismísimo demonio, y, por tanto, también hay que combatirlos. La espada y la cruz se unen, pues, en una cruzada contra un enemigo común cuyos rasgos se agrupan en dos bloques. Como *moros fieros*, los musulmanes son sujetos perversos, malvados y pérfidos, y en consecuencia falsos, traicioneros y cobardes. Frente al caballero (encarnación de la valentía y la nobleza) el árabe representa justamente los valores contrarios (cobardía y perfidia). Como *moro lascivo*, los musulmanes son sujetos lujuriosos, impuros y libidinosos. Las teorías paulinas sobre la pureza y la castidad que dominan el mundo cristiano chocan con la concepción y consideración de la sexualidad en el Islam (Heller & Mosbahi 1995). De esta perspectiva distinta surge la caracterización (y acusación) del musulmán como individuo de una sexualidad desenfrenada. Si el pudor cristiano impide cualquier representación icónica de la lascivia con la que se estigmatiza al adversario, no sucede lo mismo con la crueldad, que se plasma en cientos de bajorrelieves, dibujos y grabados. La Iglesia no permanece al margen de esta corriente y explota el mito del *moro fiero* con fines propagandísticos. En este sentido, gran parte de la iconografía de los mártires se reconvierte al antiarabismo y, a título de ejemplo, puede verse a un san Sebastián cuyos centuriones romanos han sido sustituidos -anacrónicamente- por dos musulmanes de fiera catadura.

La consecuencia de tanta maldad y tanta lascivia es la bestialización del Islam. Son numerosos los grabados medievales en los que puede observarse un animal fabuloso (a veces con siete cabezas, a veces una mezcla de mamífero y ave o de mamífero y reptil) a cuyo pie figuran leyendas como *La gran bestia mahometana*, *La fiera alimaña de los desiertos de África* o *La fiera malvada*. Iconos como los de Santiago (Matamoros) o san Jorge no son sino adaptaciones de este concepto a la doctrina cristiana. En ambos casos se trata de un hombre a caballo que vence a un dragón (san Jorge) o a un musulmán (Santiago). Y así como puede establecerse una ecuación entre Santiago, san Jorge y el caballero (cristiano), lo mismo puede hacerse con el sarraceno de Santiago, el dragón de san Jorge y la bestia mahometana. El triunfo del Bien sobre el Mal. La iconografía medieval de Santiago (Matamoros) recorre toda la historia de España y llega hasta hoy. Así, no es raro encontrar una litografía titulada "El General Prim al frente de los voluntarios catalanes asalta las trincheras marroquíes" en la que el militar, como un Santiago decimonónico, avanza a caballo sobre un campo plagado de marroquíes caídos en combate, o una etiqueta de la bebida *Castillejos (Rómulo Bosch y Alsina / Barcelona)* en la que aparece una composición similar (Martín Corrales 2002: 60). Sin embargo en la actualidad, al santo, por razones de corrección política, se le ha despojado del musulmán que yacía a sus pies, pero su imagen de caballero victorioso puede verse aún en cientos de reproducciones.

2.2. La representación del enemigo

La llegada de Napoleón a Egipto a 1798 marca el comienzo de una nueva etapa en las relaciones entre Europa y los musulmanes. Sin embargo ahora la correlación de fuerzas ha cambiado. A comienzos del siglo XIX, Europa ha alcanzado un poderío militar y un desarrollo económico que la convierten en una fuerza hegemónica mediterránea frente al

mundo árabe, que hace tiempo que entró en crisis, y frente al imperio turco, que comienza a dar señales de agotamiento. Este poderío viene acompañado de un espectacular desarrollo tecnológico que, entre otras, posibilita la plasmación gráfica del enemigo. Y en última instancia, surge un discurso encaminado a justificar la empresa colonial europea: el orientalismo. Entre 1815 y 1914 el dominio colonial europeo, gracias a la supremacía militar, económica y tecnológica, pasa del 35% al 85% de la superficie de la Tierra, y esta conquista viene acompañada de la creación de un discurso que no sólo impone la cultura europea sino también su mirada sobre el mundo dominado. Como afirma Edward Said, “El orientalismo es un estilo occidental que pretende dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente [...]. Si no se examina el orientalismo como **un discurso**, posiblemente no se comprenda esta disciplina tan sistemática a través de la cual la cultura europea ha sido capaz de manipular -e incluso dirigir- Oriente desde un punto de vista político, sociológico, militar, ideológico, científico e imaginario a partir del periodo posterior a la Ilustración” (1990: 21).

Si en la época anterior se configura el concepto del musulmán, en ésta se le da forma, se le representa gráficamente. El desarrollo de las técnicas de reproducción gráfica ha dejado un abundantísimo material que sirve para estudiar la imagen que de los árabes se hacen los europeos a lo largo de los siglos XIX y XX. El libro de Eloy Martín Corrales, *La imagen del magrebí en España*, es un excelente ejemplo que contiene una rigurosa y atinada selección de dibujos, grabados, fotos, postales, carteles y anuncios en los que queda reflejada la imaginería de ese *otro* al que los europeos tratan de colonizar. Durante esta etapa, la imagen del árabe se organiza sobre tres polos. Dos de ellos son herederos de siglos anteriores (la crueldad y la sexualidad), en cambio el tercero (la inferioridad) surge en estas dos centurias.

A lo largo del colonialismo se mantiene el viejo concepto del musulmán como sujeto violento. Sus rasgos son los mismos que en siglos anteriores: cruel, traidor, criminal, despótico, fanático y salvaje. Esta caracterización tiene un doble origen. Igual que en siglos pasados, el musulmán es calificado como violento por su enfrentamiento al europeo en el campo de batalla. La invasión y expolio (en nombre de la civilización) de los países árabes no siempre es bien aceptada por sus ciudadanos y da origen a un movimiento de resistencia que culmina con la independencia de las naciones árabes. Durante los años de confrontación, ambas partes se empeñan en la lucha y de esta confrontación encarnizada brota la imagen del musulmán como individuo sanguinario. En este sentido, puede observarse un grabado de 1865 en el que bajo el título de *Los moros del Rif* unos enfurecidos, desalmados y malencarados musulmanes se disponen a arrojarse con sus dagas y alfanjes sobre dos pobres mujeres que en actitud suplicante los miran horrorizadas. En otro grabado, titulado *Mora regando las macetas*, una musulmana vierte agua sobre unos tiestos que son calaveras (de europeos, claro) colgadas de las almenas de una muralla. Todo ello por no hablar de los cientos de grabados en los que se dibuja a un musulmán sonriente a cuyas espaldas esconde un afilado cuchillo. Si militarmente el musulmán es un feroz adversario por su actitud en el campo de batalla, culturalmente es un salvaje porque se opone a ser civilizado (es decir, europeizado), porque permanece fiel a su tradición (es un fanático) y porque defiende con uñas y dientes sus señas de identidad (es cruel y criminal). Esta imagen decimonónica perdura hasta bien entrado el siglo XX. No sólo aparece en los tebeos que utilizaba el franquismo como propaganda infantil (*El Guerrero del Antifaz* o *El Capitán Trueno*) sino que también puede observarse en publicaciones de carácter alternativo como una historieta de Pamies llamada *Perfidia moruna* (Laertes Comic, Barcelona, 1982) o una viñeta de Xavi aparecida en *El Papus* (21-6-1982), que es una versión humorística del musulmán que en esta ocasión esconde a sus espaldas, no un cuchillo, sino un descomunal garrote.

También pervive en el colonialismo la imagen del musulmán como sujeto sexual. Sin embargo la sexualidad musulmana, a los ojos de los europeos, ha cambiado. Ya no se trata de sujetos lujuriosos y libidinosos. Ahora, la Europa puritana contempla la sexualidad árabe desde otra perspectiva: El harem. La sexualidad (peligrosa y perturbadora) se ha transformado en sensualidad (delicada y gratificante) y aquellos individuos impuros, lascivos y rijosos (ellos, los hombres -sujetos-) han dado paso a la refinada, tierna y voluptuosa odalisca (ella, la mujer -objeto-). En cuestiones sexuales, los europeos han desplazado su mirada y de la confrontación con ellos han pasado a la contemplación de ella. Este es el punto central del orientalismo pictórico: la mujer cosificada bajo la mirada erótica y estética del colono. Si el orientalismo pictórico tiene un motivo que se repite hasta la saciedad, éste es el del harem y la odalisca. Cientos de cuadros la representan en las más diversas poses y actitudes hasta crear una imagen inadecuada y alejada tanto de ella como del majestuoso y exquisito lugar en el que *perennemente* habita (Mernissi 2002). El lujo, el ocio, el refinamiento, la juventud y la belleza son los integrantes de una imaginería cuyo prototipo representan los cuadros de Ingres. Pero esta elegante concepción del erotismo musulmán, generada por una élite, tiene su correspondiente reflejo en la cultura popular. Se trata de los cientos de grabados en los que bajo títulos como *El sueño del cadete* (1859), *Tetuanesas agradecidas a nuestro Ejército* o *La conquista del soldado español* puede verse siempre la misma imagen: un burdel en el que varias prostitutas agasajan y satisfacen a un tosco soldado. También por estas fechas nace un género fotográfico que, a la manera popular, continúa la tradición del harem: las fotos de estudio en las que un soldado, flanqueado por dos mujeres ataviadas a la usanza local, figura en un escenario arquitectónico de impronta alhambresca. La variante más chocarrera de la sensualidad/sexualidad la representan los chistes y viñetas que aparecen en las revistas de la época.

Si los rasgos anteriores son herederos de arquetipos anteriores, la novedad radica ahora en la consideración del musulmán como sujeto inferior. El desarrollo técnico, el poderío económico y la fuerza militar de Europa dan lugar al nacimiento de un acendrado y coherente discurso que justifica toda acción realizada por los europeos. Este discurso, el orientalismo, es, por naturaleza, eurocentrista. En 1910, el ex primer ministro Arthur James Balfour pronunció un discurso en la Cámara de los Comunes en el que afirmó: “La experiencia demuestra que con este gobierno [el inglés] ellos [los egipcios] han conseguido el mejor gobierno de todos los que han tenido a lo largo de la historia del mundo; lo cual no sólo es un beneficio para ellos, sino que, indudablemente, lo es para todo el Occidente civilizado. Estamos en Egipto, no solamente por el bien de los egipcios, aunque estemos allí por su bien; estamos allí también por el bien de toda Europa” (citado en Said 1990: 55). A partir de esta concepción cualquier cosa es posible. Europa acude a las naciones árabes para salvarlas del atraso en el que viven, para incorporarlas al progreso, para civilizarlas, para redimir las, porque sus ciudadanos son unos pobres ignorantes. Así lo expresó Cromer en su *Modern Egypt* publicado en 1928: “La falta de exactitud, que fácilmente degenera en falsedad, es en realidad la principal característica de la mente oriental. El europeo hace razonamientos concienzudos y sus afirmaciones acerca de la realidad están exentas de toda ambigüedad; es por naturaleza

lógico [...]. La mente del oriental, por otro lado, igual que sus pintorescas calles, carece por completo de simetría y su manera de pensar está llena de descripciones desordenadas [...]. Con frecuencia son incapaces de sacar conclusiones obvias de unas simples premisas de las que pueden admitir la verdad” (citado en Said 1990: 61).

El musulmán le suma ahora a su catálogo de virtudes las siguientes: decadente, atrasado e ignorante. Son numerosas las viñetas que, de manera sarcástica, presentan a los musulmanes sorprendidos, asustados u horrorizados ante un espejo, una bicicleta, una máquina de coser, el telégrafo o simplemente el fútbol, elementos todos ellos que representan el progreso europeo. Pero esta decadencia, este atraso y esta ignorancia no se quedan ahí, sino que dan un paso más y el árabe es concebido como un sujeto salvaje, despojado de su historia y de su cultura. Y este salvajismo lo aproxima al bestialismo. Son numerosas las representaciones de los musulmanes como monos, animales que, según las teorías evolucionistas, no son sino un estado previo al hombre. Es decir, los musulmanes son sujetos poco evolucionados, casi animales. Resucita así la concepción medieval del Islam como fiera. Sin embargo ahora, dada la supremacía europea, esta bestia es inofensiva y por tanto se le representa de manera simiesca, ridícula.

2.3. El regreso de los viejos fantasmas

A raíz de los atentados del 11 de septiembre los árabes, que durante mucho tiempo habían dejado de ser una amenaza, vuelven a ocupar el primer puesto entre los enemigos de Occidente. Desde un punto de vista histórico, la concepción del árabe se basa en tres polos: *el moro fiero*, *el moro lascivo* y *el moro ignorante*. Sin embargo en su recuperación como adversario en los albores del siglo XXI el musulmán no presenta todas las características tradicionales, sino que ahora sus atributos están condicionados tanto por la evolución histórica de los contrincantes como por las necesidades del nuevo conflicto.

Una vez que en Occidente se ha producido la revolución sexual, la imagen del árabe como sujeto lascivo no tiene sentido. Si en la primera etapa el puritanismo cristiano acuñó la imagen del musulmán como individuo lúbrico e incontinente y en la segunda los orientalistas desplazaron su interés hacia el erotismo femenino atenuando así su potencialidad perturbadora, en esta tercera etapa el musulmán libidinoso carece de interés teniendo en cuenta la liberación de las costumbres y la existencia de nuevos hábitos sexuales. En cambio sí tiene importancia la imagen del musulmán como individuo ignorante, porque, según el discurso dominante, es esta secular ignorancia la que fundamenta y justifica la reaparición del *moro fiero* medieval. En palabras de Edward Said, “[Los orientalistas] califican a los orientales y a los árabes de crédulos, *faltos de energía e iniciativa*, muy propensos a la *adulación servil*, a la intriga, a los ardides y a la crueldad con los animales [...]. Los orientales son unos mentirosos empedernidos, unos *letárgicos* y *desconfiados* y son en todo lo opuesto a la claridad, a la rectitud y a la nobleza de la raza anglosajona” (1990: 62). He aquí un verdadero catálogo de los defectos del musulmán, que pueden agruparse en cuatro grandes categorías: embustero (*mentiroso*, *adulador*, *no claro* y *no recto*), pérfido (*cruel e intrigante*), vago (*falto de energía* y *letárgico*) y simple (*crédulo*, *falto de iniciativa* y *desconfiado*). Y es esta condición inferior la que determina su conducta rebelde. Se trata, por tanto, de un sujeto resentido. Así lo expresa Ahmed Rashid en la “Nueva introducción” que figura en la reedición de *Los talibán* con motivo de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, que en menos de seis líneas acude a “un implacable sentimiento de rabia incubado durante años” y a “este sentimiento de rabia extrema” para explicar la actuación de los terroristas (2002: 12). Sólo un individuo ignorante, atrasado e inculto puede oponerse a las bondades civilizatorias de Occidente y nada más que un sujeto resentido con Occidente puede actuar de esta manera tan inhumana, tan cruel, tan fiera.

Y esta es la (vieja) imagen del (nuevo) musulmán, que al cabo de los siglos reaparece remozada y actualizada para ahuyentar los antiguos temores. Si se analiza detenidamente la prensa, la televisión y el cine, podrá observarse que el musulmán, como en los grabados de la Edad Media, vuelve a encarnar de nuevo al *moro fiero*, con todas sus características y todos sus defectos, en esta ocasión subrayados y acentuados por los avances tecnológicos. Los villanos de las películas ya no son los pérfidos rusos sino los fieros musulmanes. La prensa y la televisión presentan a barbudos guerrilleros afganos, sucios, despeinados, harapientos, o bien recogen las manifestaciones de los países musulmanes en las que puede verse el tumultuoso desfile de una informe masa de individuos vociferantes. Curiosamente, en los días previos a la invasión de Irak aparecieron en los medios varias imágenes en las que un soldado norteamericano, con un fondo de buques de guerra, se despide de su apenada novia o sostiene en brazos a su hijo de pocos meses. Estos rasgos humanizadores (la llorosa muchacha y el sonriente bebé) no suelen aparecer cuando se trata de reflejar a los musulmanes, a los que, dada su (supuesta) fiereza, se les ha despojado de toda humanidad. Y es que si la Iglesia medieval convirtió a los centuriones romanos en feroces musulmanes a fin de enfatizar el carácter aterrador del enemigo, el Gobierno estadounidense no tiene inconveniente en recuperar un viejo estereotipo casi olvidado, maquillarlo cinematográficamente y acentuar sus rasgos más crueles con el fin de, valga la redundancia, enfatizar el carácter aterrador del enemigo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- HELLER, E., y MOSBAHI, H. (1995): *Tras los velos del Islam. Erotismo y sexualidad en la cultura árabe*. Barcelona, Herder.
- MARTÍN CORRALES, E. (2002): *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica. Siglos XVI-XX*. Barcelona, Edicions Bellaterra.
- MERNISSI, F. (2002): *El harem en Occidente*. Madrid, Espasa Calpe.
- RASHID, A. (2002): *Los talibán*. Barcelona, Península.
- SAID, E. (1990): *Orientalismo*. Madrid, Libertarias.
- SAID, E. (2002): *Nuevas crónicas palestinas*. Barcelona, Mondadori.